

ADOLESCENCIA, IDENTIDAD Y SIMBIOSIS

Dr. Manuel de Miguel

Pretendo presentarles una visión panorámica de algunos temas que conciernen a este sugerente tema, desde el vértice psicoanalítico. Acompañaré las reflexiones teóricas con un ejemplo clínico.

La adolescencia, como se dice del embarazo, es una suerte de enfermedad fisiológica por la que todos pasamos. En ella muchos se estancan, arrancando de aquí la mayor parte de las patologías más graves, psicosis, perversiones, psicopatías o neurosis. Si bien, encuentran sus raíces como bien sabemos, en la primera infancia, es aquí donde se consolidan en la estructura de la personalidad, pasando a formar parte de una identidad duradera. La adolescencia es como una segunda oportunidad, si bien muy condicionada, de configuración de las modalidades de expresión instintual, debido a la característica receptividad para mimetizarse con las más diversas identidades, que encontramos en el adolescente.

Como veremos más adelante, este período de la vida ofrece muchas posibilidades a la tarea analítica, y al cambio, en definitiva. Al tratarse de un momento que actúa como bisagra entre la infancia y la vida adulta, se halla sometida a presiones de las tendencias regresivas y al natural impulso a la genitalidad y la autonomía.

Hay una confusión típica entre objetos externos e internos, en especial en lo que concierne al superyó, que hace que sea un momento temido por muchos terapeutas, que prefieren tratar en la infancia o en etapas más adultas, donde al menos pueden saber mejor frente quién se encuentran, eludiendo el vértigo que introduce en la relación transferencial el conflicto de identidad.

El término adolescencia remite desde su etimología a la idea de carencia. Sobre todo, la de recursos mentales para hacer frente a la tempestad biológico-pulsional que desencadena la pubertad. Las transformaciones del cuerpo, desde el punto de vista emocional, suponen, tanto anatómica como fisiológicamente, algo parecido al paso de crisálida a mariposa (1). El cuerpo es justamente la base del conflicto entre las tendencias progresivas a la genitalidad, ahora posible en acto y no ya sólo en la fantasía, y las regresivas-infantiles, que ya no se podrán sustentar sin traumas sobre la nueva anatomía. Los impulsos genitales surgen reactivando los conflictos edípicos adormecidos durante el período de latencia.

Dejaré de lado intencionalmente los aspectos sociales, a los que tantos estudios se han dedicado, porque esto se aleja de nuestra área de interés. Si acaso destacar la existencia de los mismos y su profusión, que nos habla de la inquietud que despierta en disciplinas próximas a la nuestra.

PRECURSORES DE LA IDENTIDAD

No resulta nada fácil situar el momento inicial de los procesos que dan lugar a la identidad. Lo cierto es que, con el desarrollo de los conocimientos en el análisis de las etapas más tempranas de la vida, y con el desarrollo del interés en su investigación, se ha

venido situando la existencia de un yo funcional, progresivamente en estadios más remotos. Cuando hablo de un yo funcional, me refiero a una estructura psíquica diferenciada, que moviliza recursos defensivos desde los primeros momentos de la vida extrauterina, y según algunos aún antes de ella. Paralelamente y desde las mismas escuelas que lo propugnan se ha venido desarrollando la idea del Self, concepto más abarcativo, que englobaría la conciencia de sí mismo, la corporalidad y los aspectos funcionales a los que me refiero. No olvidemos de todas formas que el yo del que hablaba Freud y en su propia expresión era un yo corporal. Entenderemos aquí el término Self, como expresión de "mi mismo", esto es lo vivido como propio a diferencia de lo ajeno, lo externo. Incluye el concepto tradicional freudiano de yo, incluye asimismo el esquema corporal del que dan cuenta los sistemas propioceptivos; pero también el cuerpo, tal como es sentido desde todas las proyecciones e introyecciones dentro del sentido dinámico, desde el que entendemos en psicoanálisis, los fenómenos psíquicos. El Self funcionaría a este nivel como una superficie de proyección modelada por las necesidades defensivas, las negaciones, etc. Igualmente incluimos la parte pulsional y los objetos internos a los que se puede tener acceso consciente.

La importancia de la noción de Self viene dada por el interés que tiene, a partir del estudio de los conflictos de identidad. Hacía falta un concepto distinto del de yo, para designar la acción de los procesos mentales promovidos por el propio yo dentro del mundo interno, concernientes a la vivencia de sí mismo. Por otra parte, sabemos que Freud, solamente en una ocasión se refirió al término identidad (2), y lo hizo con referencia al sentimiento grupal, concretamente hablando en una conferencia sobre su vinculación al judaísmo.

El paso de la 1ª a la 2ª tópica (3) como centro de interés, sentó las bases teóricas para el estudio de la identidad, aunque ya en el Proyecto, apunta hipótesis muy avanzadas sobre la constitución del yo, investigaciones que después no seguiría, pero sobre todo fue el interés cada vez más acentuado por los procesos de diferenciación-individuación, a raíz del abordaje de trastornos mentales muy graves por medio del análisis, lo que estimuló definitivamente su estudio. No se puede encontrar ningún estudio psicoanalítico actual, sin referencias a estos procesos en la comprensión de psicosis, problemas psicósomáticos y cuadros borderline. Es interés central, tanto de la línea Kleiniana, como de la escuela del yo, o del propio Lacan con su estudio del estadio del espejo.

Grinberg (4) define la identidad según tres dimensiones: la temporal, la espacial y la social. La dimensión temporal se refiere a la continuidad de las representaciones a lo largo del tiempo. Este carácter de irreductibilidad de las representaciones y las vivencias, con independencia de las variaciones del entorno, a lo largo del tiempo, es fundamental en la captación de la noción de sí mismo. Por decirlo de otra manera, forma parte de nosotros, nos constituye, todo aquello de lo que no podemos deshacernos, de ninguna manera, a través del tiempo.

La segunda dimensión es la espacial, que concierne de una parte a lo corporal y de otra a la delimitación mundo interno - mundo externo, tanto en los aspectos afectivos y pulsionales, como en los estímulos sensitivos de los que nos informan los receptores propioceptivos, calor, frío, dolor, contacto, etc.

El tercer nivel connota la identidad en el entorno social y depende de la utilización más o menos adecuada de los mecanismos de identificación proyectiva e introyectiva.

Grinberg insiste en que esta configuración sólo es expuesta separadamente a fines descriptivos. Lo cierto es que no es posible la integración del Self a través del tiempo, si

previamente no están integradas las distintas partes espacialmente. Asimismo, el uso excesivo de la identificación proyectiva en las relaciones objétales tempranas no sólo perturba la formación e integración del Self, el reconocimiento unitario del mismo en su dimensión grupal, sino que perturba y gravemente a veces, la propia percepción del cuerpo y de la temporalidad.

Muchos autores, E. Bick (5), Meltzer (6), Anzieu (7), entre otros, han descrito la importancia de la dimensión espacial del psiquismo en la constitución del yo y la influencia de la temprana relación con la madre en su desarrollo. Anzieu habla del yo-piel, en un sentido parecido al que aquí nos interesa. Destaca la función paraexcitadora de la madre, como fundamental en la integración del esquema corporal. E. Bick describe algo muy similar, aunque privilegia los mecanismos de identificación proyectiva y adhesiva (muy importante en el caso que relataremos más adelante). Ambos han sido punto de partida de numerosos trabajos sobre medicina psicosomática, las enfermedades de la piel, y otros muchos fenómenos psicopatológicos, tienen, sin duda, mucho que ver con perturbaciones ocurridas en estos primeros contactos. En cuanto a Meltzer, describe lo que podríamos llamar conflictos ligados a la geografía mental del cuerpo, esto es a las experiencias relacionales, vinculadas con sus diversas partes, o con la representación mental de las mismas. Tal es la importancia que le atribuye a esta relación, vivencia-cuerpo, que en su esquema del desarrollo del proceso psicoanalítico, reserva el segundo estadio para lo que llama la etapa de las confusiones geográficas. Afirma que el bebé identifica partes de su cuerpo con otras de la madre (v. g. sus nalgas con los pechos de la madre). Habla de la masturbación anal, como representación y acción equivalente a la identificación proyectiva en el pecho materno.

Merece la pena destacar que las nociones que subyacen de mundo interno, mundo externo y esa superficie (piel física y psíquica), se van imponiendo en el lenguaje psicoanalítico. En ocasiones, por trastornos de tipo narcisista, déficits afectivos, u otras causas, parece no crearse ese mundo interno. Se identifica la conducta o la apariencia con el ser. Sólo la superficie sin espesor, sin contenido se toma como el todo. Son las personalidades "as if (como sí) de E. R. Zetzel (8), o el falso self descrito por Winnicott (9). Por diversas razones no se establece una relación objetal, que penetre más allá de lo superficial. Todo es entonces superficial, conductual, inauténtico. Lo bidimensional en lugar de lo tridimensional en la relación de objeto. La identificación adhesiva en lugar de la proyectiva o introyectiva. La imitación en lugar de la identificación. Todo esto suele ser consecuencia de profundos déficits afectivos en las relaciones tempranas. Analizaremos algunas vicisitudes de la identidad que están en el origen de estos desórdenes.

LA ECLOSIÓN DE LA IDENTIDAD COMO CONFLICTO

Como hemos visto al hablar de los precursores de la identidad, ésta arranca de los más tempranos estadios de la vida psíquica. Pero es en la adolescencia cuando por primera vez tomamos conciencia **inmediata** de un proyecto de vida mental separada de los padres, autónomo, y de unas armas personales, limitadas y concretas con las que enfrentar dicho proyecto. Siempre hubo intuiciones durante la infancia de que esto sería así; pero hasta que no se presenta la inmediatez de unas relaciones grupales diferentes que las del medio familiar, y sobre todo deseos imperiosos dirigidos hacia objetos ajenos a este medio, más intensos incluso que los que nos ligan a él, no se vivencia en toda su intensidad la nueva situación.

Esta toma de conciencia, supone un tremendo revulsivo para la vida mental y para la relación con los objetos internos y externos, a los que se cuestiona necesariamente. En los casos de adolescencia "sana", las identificaciones infantiles deben ser revisadas y esto no siempre es bien tolerado por los padres, temerosos de este proceso al que se les somete.

El adolescente, por más que luche, no se va a poder sustraer a las definitivas influencias que los padres van a ejercer sobre su forma de ser y de sentirse, puesto que pasarán a formar parte de lo más nuclear de su identidad muchos rasgos captados de ellos. A veces trata de cambiar a los padres, como una forma de cambiar su propio futuro personal.

No siempre que el adolescente pone a sus padres contra las cuerdas, que por cierto es casi siempre, lo hace con intenciones hostiles, rivales o de provocar la puesta de límites. A veces, lo que trata de hacer, son averiguaciones sobre la realidad más profunda de la identidad de los padres. Siempre encontramos una mezcla de ambos intereses: los hostiles y los que estamos describiendo. El complejo edípico, reeditado vigorosamente por la pubertad, produce heridas narcisistas, cuya elaboración tendrá consecuencias definitivas para la posibilidad de una buena integración del yo. La necesaria frustración de dichas demandas, y la herida narcisista consiguiente, suponen un riesgo constante para adquisición de una identidad montada sobre bases realistas, con introyecciones sanas de las figuras parentales.

Lo mismo cabe decir de los pacientes en análisis. En la medida que la transferencia da la ocasión de revisar las identificaciones, el paciente no se va a conformar con escuchar las interpretaciones, sino que nos pedirá por medio de estos mecanismos, en su mayor parte inconscientes, comprobar la autenticidad de nuestras palabras a través de la experiencia vivida con nosotros.

La importancia de las resistencias que reconocen su origen en conflictos narcisistas, que afectan al sentimiento de identidad, hace decir a Green (10): "Cuando el análisis recae sobre el yo, una de las principales razones de esta oposición, tenaz es el narcisismo. El cemento que mantiene constituida la unidad del yo ha reunido sus componentes imprimiéndole una identidad formal que para su sentimiento de existencia es tan preciosa cuanto lo es el sentido por el que se aprende como ser". Las demandas narcisistas que alimentan esta función estructurante y cohesiva del yo, de tanta importancia para un desarrollo normal, en su vertiente patológica son su principal amenaza.

Wisdom (11) hace una interesantísima diferenciación entre introyección nuclear y periférica. En la nuclear self y objeto son la misma cosa, sentimos como sentiría el objeto, se podría decir que sentimos con el objeto mismo o desde él. La hija castrante, por ejemplo, sentirá desde y a través de los impulsos castrantes de la madre, sin fisuras. La introyección periférica en cambio, permitirá la relación con el objeto interno, esto es la niña podrá mantener una relación diferenciada con los aspectos castrantes de la madre internalizada. En la tarea analítica esto aparece regularmente, si bien en ocasiones no lo encontramos bien delimitado, con lo que sufrimos continuas sorpresas. Seguramente entre el núcleo y la periferia del esquema de Wisdom hay posibilidades de tránsito, además de situaciones intermedias. De ahí lo frecuentemente que nos vemos sorprendidos en nuestra tarea. Creemos que estamos tratando un síntoma sintónico con el yo, y encontramos una corriente crítica, o lo que es más frecuente, en medio de un fértil período elaborativo, nos sorprende una dura resistencia, proveniente de una sólida introyección que no habíamos sospechado. Quizá la explicación se encuentre en que dicha introyección se encontraba defendida por un falso self, en el sentido que lo explica Winnicott, o porque el propio

proceso analítico ha promovido regresiones y readaptaciones, transitorias o no tanto, movilizandolas las introyecciones de la periferia al núcleo del self, en un movimiento regresivo. Con frecuencia, al existir enlaces preconscious, no nos resulta difícil acceder nuevamente al análisis de dichas contingencias. No siempre es así.

Uno de los objetos internos que ofrece una estructura más perfilada y bien conocida de todos, es lo que conocemos con el nombre de superyó. Merece una mención muy especial su peripecia durante la adolescencia. Buena parte de la conflictiva del adolescente proviene de sus intentos de externalizar el Superyó. Devolverlo a su origen, los padres. Encontramos aquí otra fuente del conflicto generacional al que nos referíamos antes.

Presionado por su mundo pulsional, que si bien busca objetos en el exterior, no está lejos de los objetos edípicos muy cargados de culpa, el adolescente provoca a los padres para que ejerzan el papel de censura que no soportan proveniente desde su interior, convirtiendo así lo que sería un conflicto generador de angustia y de culpa en un enfrentamiento externo. Conducen así las relaciones a una encrucijada de muy difícil salida. Cuanto más difícil sea de tolerar la culpa, esto es, cuanto más severo sea el Superyó, tanto más se va a entregar al intento de externalizarlo, y más conflictiva será la relación con los padres y las figuras de autoridad. Consecuentemente esta respuesta incrementará los temores al Superyó, provocando la intensificación de los acting-outs y estos la respuesta angustiada y represora de los padres, cerrando el círculo vicioso.

En la terapia del adolescente resulta muy útil conocer esto. De otra forma nos asustamos con facilidad frente a sus osadías, entrando en lo que llama Racker (12) la contratransferencia complementaria. Esto es, identificándonos con los objetos internos, que se han vuelto persecutorios, y entrando en el círculo vicioso que acabo de describir. La función del análisis como continente, tiene aquí una expresión bien clara. Ayuda a que pueda introyectar, o por mejor decir a reconocer como propio aquello que siempre lo fue. Proporciona además esa función-piel de la que hablábamos. Haciendo más tolerable el afuera, que pasará a ser sentido como un balsámico de la angustia, en lugar de una lente de aumento para la misma, el adolescente podrá entregarse con más facilidad a su tarea prioritaria, esto es, dibujar los contornos y los contenidos de su propia e intransferible mismidad.

Hartman (13) propugnó la existencia de un área del yo libre de conflicto, Se trataría de una tendencia espontánea a la maduración, con autonomía respecto de los estímulos que tenderían a dañar la integridad de la personalidad, sobre todo de los internos, en particular del ello. Aunque esta idea parece muy discutible, y ha sido muy discutida, no sin fundamento, tengo la impresión de que en la adolescencia conviene actuar como si creyéramos en ello. Señalaba antes el peligro de la contraidentificación complementaria, y ahora habría que decir que estamos en riesgo de caer en la concordante, esto es, identificarnos con el paciente en lugar de hacerlo con sus objetos, riesgo que debemos tener siempre muy presente, puesto que tanto una cosa como la otra nos apartan de la neutralidad necesaria.

LA SIMBIOSIS

El estudio de los trastornos psicóticos y el análisis de niños nos han permitido aproximarnos a la comprensión de los primeros estadios de la identidad. El comienzo de la vida se caracteriza por un estado de no discriminación sujeto objeto, con un yo

investido de aspectos mágicos, donde predomina la fantasía de control omnipotente. El problema de la individuación, de la identidad, según J. Bleger (14) no estriba tanto en como conectarse con los demás, sino en cómo desconectarse a partir de esa fusión primitiva y organizar otro tipo de relación que incluya la individualidad. A esta fusión primitiva, Bleger la llama estructura sinsicial, término extraído de la botánica, con el que se designa una agrupación multicelular con un solo núcleo.

Esta fusión persiste durante toda la vida, con mayor o menor incidencia en el comportamiento adulto. Constituye junto a la fantasía de control omnipotente, la mayor dificultad para el logro de la identidad. Volviendo a Bleger un nivel más evolucionado vendría dado por los mecanismos de identificación proyectiva, y un tercer nivel lo constituyen los mecanismos de proyección e introyección que ya hemos descrito anteriormente, y que como ya hemos visto constituyen la parte más adulta de la identidad.

Aquí entramos en el tercer punto que nos habíamos propuesto tratar: la simbiosis. He presentado al adolescente como un individuo en conflicto entre sus tendencias madurativas a construir una autonomía personal y aquellas que tratan de mantenerla unido a los padres en una infancia eterna. Son estas tendencias y los complejos mecanismos a los que dan lugar, los que nos hace comprender la enorme fuerza de los vínculos simbióticos contra las que lucha, o que le arrastran. La mayor parte de los fracasos terapéuticos, reconocen su origen en estas tendencias simbióticas. Es bien conocido de todos cuantos se dedican al tratamiento de niños y adolescentes, la frecuencia con que salen o son sacados del tratamiento, cuando dicha simbiosis con la madre, sobre todo; pero a veces también con el padre, es puesta en riesgo por nuestra tarea, que en definitiva tiende a disolverla, si todo va como debe.

Es justamente cuando se produce una mejoría notable en la autonomía del infante, cuando los padres piensan que no mejora lo suficiente, encuentran algunos síntomas estancados o aún agudizados (a veces es cierto que así ocurre, justamente cuando estos núcleos simbióticos se remueven) o acuden a cualquier racionalización o excusa para interrumpir este cambio estructural de mucha mayor importancia. Es en ese terreno donde se juega la batalla más trascendente de todo tratamiento en el caso de adolescentes y niños.

GENITALIDAD Y SIMBIOSIS

Volviendo al momento de la adolescencia, he apuntado al principio, que se trataba del momento clave en la consolidación de la identidad. Igualmente he apuntado que la persistencia de la simbiosis, constituye la razón fundamental de los desórdenes que encontramos en ella. Desde las tendencias simbióticas, la genitalidad sufre los más intensos sabotajes, puesto que se constituye en una amenaza definitiva para su persistencia. Si la genitalidad se impone, lo hace necesariamente a costa de los componentes más regresivos que han predominado hasta entonces, lo que impone un trabajo de duelo muy intenso. A ello va unido el duelo por la frustración edípica en el plano genital, las vivencias de exclusión y soledad frente a las que los posicionamientos más regresivos ofrecían mejor cobertura.

Merece una especial atención en este terreno, la solución que encuentre la identidad sexual, frente a las exigencias de la disposición bisexual, no sólo de lo edípico. En este sentido, hay que destacar el interés del estudio de Janine Chasseget-Smirgel (15), sobre el ideal del yo, en el que centra las confusiones de género (masculino-femenino) y de

generación (padres-hijos), como base del funcionamiento perverso, que tendería a mantener la satisfacción en niveles pregenitales, más compatibles con ambos tipos de indiferenciación.

Desde el lado de los padres, no faltan tampoco dificultades para ayudar al adolescente en su tarea de separación-individuación, como ya hemos visto; pero también en el acceso a la genitalidad, objetivo cimero de su maduración. Se ha señalado con frecuencia la coincidencia de la adolescencia de los hijos, con el comienzo de declive biológico de los padres. La envidia o los celos del padre o de la madre hacia el hijo o la hija, en pleno atractivo y vigor, les lleva en ocasiones a sabotear su desarrollo. La captación consciente o inconsciente de estos hechos por parte de los hijos, particularmente cuando estos son de tendencias más regresivas, les hace sentir su desarrollo como un peligro, de cara a perder el amor de los padres. A veces se producen inhibiciones que tienen este origen. En ocasiones no son la envidia y los celos, el problema, sino la propia simbiosis la que se ve amenazada, en constelaciones obviamente más regresivas. No importará tanto el desarrollo sexual como la amenaza a la estructura simbiótica. Lo normal es que una cosa y otra se den mezcladas, rivalidad y simbiosis.

Encontramos con frecuencia estructuras simbióticas, detrás de la homosexualidad, tanto masculina como femenina, bien sea en su emergencia como homosexualidad sintónica o en los componentes homosexuales que hay en el trasfondo de determinados problemas neuróticos y psicóticos. Acabamos de señalar que tanto el, como la adolescente, pueden atacar el pene (elemento central, dicho ataque, de la homosexualidad de ambos sexos) porque se introduce en la relación simbiótica como un elemento de separación de la madre. Sabemos que la figura paterna es imprescindible para la ruptura de la relación diádica. La chica que completa su desarrollo psicosexual, su feminidad, discrimina adecuadamente las diferencias anatómicas, e incorpora a su identidad plenamente tanto su cuerpo de mujer, como su deseo de recibir un pene, ha infringido un duro golpe a la simbiosis. Las anorexias con frecuencia, son bloqueos del desarrollo en estos momentos de la vida. Las bulimias, las obesidades, en la adolescencia, se explican también desde este mismo conflicto. Se trataría de ocultar la aparición de los distintivos sexuales, pechos, caderas, manteniendo el cuerpo de niña, aunque lógicamente aumentado. Lo mismo vale decir en el caso del chico. Su pene amenaza simultáneamente los núcleos indiferenciados bisexuales y los fusionales, tanto de la madre como de él mismo.

La simbiosis es por definición la antítesis de la autonomía y de la identidad. Por tanto, su naturaleza es destructiva. Se nuclean en torno a ella los más duros ataques, a la adquisición de una personalidad madura, y al estar unidas como hemos visto a componentes narcisistas, su superación o ruptura puede conducir a severos cuadros depresivos y al suicidio, o a la destrucción sistemática del objeto simbiotizado antes que aceptar su pérdida. La constatación por parte del adolescente una severa herida narcisista, que le conduzca al suicidio. Tengo la impresión, de que esta es la motivación profunda de la buena parte de los suicidios en adolescentes, y, por supuesto, de las reacciones de replegamiento narcisista, tan frecuentes en este momento vital.

Completamos así la nómina de las dificultades para la identificación sexual: la resolución de la bisexualidad, la del Complejo de Edipo y la de la simbiosis.

LENGUAJE E IDENTIDAD

Para que algo pueda ser reconocido como propio, debe ser presentado al yo, de tal manera que sea asimilable dentro de los estrechos márgenes de su sistema receptor. La significación viene dada dentro de las relaciones tempranas con los padres. Lo que no cobra significación dentro de esa relación, no forma parte de la identidad, lo que no quiere decir que no exista. Por su parte, los padres no pueden dar cuenta de aquello que desconocen o de aquello de lo que se defienden. Una madre en pleno duelo, puede proteger en exceso al niño, por ejemplo. Se angustiará por supuestas necesidades que el niño no siente realmente. El niño percibirá esta angustia de la madre, pero no la podrá conectar con algo que sucede en su interior. Esto condicionará que, o bien que el niño sobreestime los peligros del duelo, si la madre alcanza a conectar su ansiedad con momentos adecuados, en cuyo caso sólo hay una carga excesiva, o bien que no los pueda reconocer si estos mecanismos son extremadamente patológicos. En este caso no sólo surgirá angustia, sino alteraciones graves de la integración de su Self, podrá dar lugar a una estructura fusional (la madre la necesitará a su lado siempre, como depositario de sus sentimientos depresivos, e impedirá por todos los medios su individuación) o una psicosis.

Otra posibilidad es que, por las razones que fuesen, determinados afectos sean negados. Habitualmente, son justamente los que desde lo inconsciente, más condicionan la conducta. Cuando estos afectos o pulsiones surgen en el niño se convierten en algo amenazante desde el interior, pero sin nombre. De esta manera se crean áreas alexitímicas, siguiendo las ideas de M. Fain (16) y P. Marty (17), en relación con determinadas emociones existentes, pero sin significado. Dichas emociones son fuente de desconcierto en el niño. Si dicha privación de significados es masiva surgirán personalidades alexitímicas, indiferenciadas. Podrán evolucionar hacia una psicopatosis, como expresión corporal del conflicto que no halla espacio expresivo en la vida mental. J. McDougall (18) entiende que los conflictos psicopatológicos arrancan de estas áreas de indiferenciación. Según su propia expresión, el cuerpo se vuelve loco.

Puede también evolucionar hacia una dificultad para la adquisición del lenguaje, en caso de una mentira sistemática, en los mensajes que el niño recibe. En este caso el lenguaje se vuelve inservible, o lo que es más frecuente, peligroso y enloquecedor. Aquí, a diferencia con la identificación proyectiva, las emociones se corresponden con la realidad, y son vivenciadas. Es el lenguaje lo que las confunde. Debemos tener en cuenta que la mente humana, en aquellos aspectos que conciernen a la identidad, está constituida por materiales bien emocionales o representacionales, susceptibles de acceso a la representación de palabra, que se erigen en la culminación del proceso de entrada en la conciencia, de adquisición de algo como propio, de pleno sentido.

MATERIAL CLÍNICO

Paso a exponer algún material clínico, que nos ayude a comprender estos procesos. El paciente al que me voy a referir es un adolescente, más por la patología que por la edad. Tiene 19 años. Me anima a presentarlo, la forma tan demostrativa en la que aparecen en este caso justamente los conflictos de identidad y simbióticos. Se trata de un muchacho que produce un fuerte impacto por su aspecto físico. Mide 2 m., lleva el pelo muy desordenado hasta los hombros, barba y bigote escasos y descuidados, ocultan en la medida posible su cara, por lo demás, atractiva. Su vestimenta guarda consonancia con lo descrito. Pantalones ajustados vaqueros, zapatillas deportivas, Niki negro, cazadora de

cuero cruzada de clavos, cinturón con una hebilla dorada representando una cabeza de león de no menos de 20 cm., componen el resto de su aliño personal. Impresiona su estampa, cosa que, obviamente, es lo que pretende. Pertenece a una familia acomodada, y cuando me lo remitieron fui informado de que se trataba de un psicópata grave y violento, próximo a la psicosis. Hubo algo en su aspecto, en cambio, que me produjo una impresión muy distinta. Su mirada, desde unos ojos grandes y asustados, parecían más los del pequeño cervatillo de la película Bambi, que el personaje de una película de terror del que me habían hablado. Movían más a la ternura que al miedo, al menos dentro del contexto de la consulta. Su actitud era educada, como detalle diré que al final de la consulta me pregunta donde debe limpiar el cenicero, produciendo una impresión bastante desconcertante, patética y no exenta de una cierta comicidad, todo el conjunto de impresiones que acabo de describir.

Se queda muy extrañado cuando le trato de Vd. al señalarle donde debe sentarse. "Pero bueno tío, ¿tú has visto la pinta que tengo?". Le respondo que pretendo relacionarme con él, no con su ropa solamente. Haré algunas reflexiones sobre este punto. Se ha dado en llamar "efecto de halo" (19) en los enfermos psicósomáticos, al producido por las alteraciones físicas que padece el paciente, en las personas de su entorno. Las consecuencias de este fenómeno, consisten en una comunicación fuera de lo verbal, directas e inmediatas que estructuran modalidades regresivas de interacción. Aquí aparece la primera defensa: mi identidad esta en mi ropa. Esto es la externalización de la identidad de la que hablábamos antes. Igualmente aparecen aquí los cortocircuitos de la palabra en los conflictos de identidad. Decía antes que nada pertenece de pleno derecho a la identidad, si no ha adquirido la categoría que le otorgan los vínculos verbales. En análisis no podemos dar nada por dicho, y si lo hacemos nos perdemos a la persona que está detrás de los actos.

"Bueno, dabuten", me responde, con expresión de sorpresa e interés. Probablemente, pienso, haría tiempo que no recibía una propuesta de relación con él como persona, no como problema, vestimenta, o conducta, aspectos todos ellos de la periferia de su identidad. Cuando le pregunto qué le trae a la consulta de nuevo demuestra extrañeza. "¿No me ve?". De nuevo busca que su aspecto hable por él. La resistencia al lenguaje vuelve a aparecer. Le sugiero que me hable. Comienza a contarme con evidente placer, aspectos de su comportamiento: pertenece a un conocido grupo de seguidores de un equipo de fútbol y actúa violentamente después de los partidos. Roba en su casa, pequeñas cantidades de dinero y a veces objetos que malvende. Sus padres le cierran las habitaciones, él está siempre a la expectativa de cualquier descuido para abrir un bolso, forzar una caja, cualquier cosa de lo que puede obtener dinero. A veces hurta alguna joya, que luego malvende. Pasa a otro tema. Él es el demonio. Satán. Su madre también está convencida de que es así. Ocasionalmente le ha llevado, incluso lo hará a lo largo del tratamiento, a alguna bruja o similares, para que les ayude. Parecen mantener un delirio a dos sobre el tema de su identidad satánica. No es aquello de este hijo es un demonio, o soy un demonio. No. La afirmación es: "Yo soy Satán". Al tiempo en que me describe aspectos comportamentales, experimenta un evidente placer en la descripción de su maldad y en la notoriedad que esto cree le estará proporcionando frente a mí.

Lo cuenta con evidente placer, y por si quedaban dudas, lo reafirma: "Pocos habrá visto como yo, ¿eh?". Este componente histérico tan notorio, es muy distinto de la fe de carbonero, militante y suspicaz, con la que los psicóticos nos cuentan sus delirios. No existe ese grado de convicción, porque en realidad, lo satánico forma parte de su identidad-ropaje, que intenta darle una forma desde la periferia y no desde lo nuclear de sí mismo. Llama la atención, que esta idea se desarrolle como una "folie a deux" con la

madre, como expresivo en mi opinión, del fallo en su función continente, podríamos decir función piel, en cuya superficie se condensarían significados múltiples, edípicos y pregenitales, y que tal vez reconocieran su origen en identificaciones adhesivas, tal como las describe E. Bick.

Revestido de su identidad satánica, ha visitado cementerios extrayendo huesos que ha exhibido ante sus amigos. Pretende, y consigue, espeluznarme contándome el proyecto, que no llegó a materializar, de extraer de un cementerio una cabeza de un muerto reciente, y traérmelo a la consulta para demostrarme quién es él. En esto acierta plenamente, sin pretenderlo. Lo que él quiere poner ante mí, es su propio self sin piel, descarnado, con unos límites destruidos, reproduciendo en la transferencia el pánico al contacto, que ha debido sentir en sus relaciones tempranas, en su vida infantil, que ha vaciado de vida su interior y cuyos contornos trata, de construir conductualmente. Es él mismo, bajo ese aspecto sobrecogedor, a quien quiere hacer que yo contemple, sin vida, sin calor. No es casualidad que sea una cabeza lo que piensa traer. Es también su vida mental lo que quiere poner ante mí, desde esa vivencia terrorífica*.

Pasemos revista a su identidad satánica. En este aspecto encontramos a veces un cierto clivaje. "Es Satán quien me ordena hacer las cosas". Se trata de una defensa más evolucionada; pero es asimismo la expresión de la incapacidad del Yo para contener y reconocer como propios los contenidos pulsionales y emocionales. Volviendo a Winnicott, recordaremos ahora su idea de la necesidad de una madre buena y suficiente, para ayudar al niño a construir su Self. Creo que la conocida frase no traduce exactamente la intención que el autor quiere transmitir. De su estudio no se desprende la idea sé una madre buena, sino de una madre no excesivamente buena. Más bien se trata de una madre que reconociendo su maldad, permita que el niño la tolere en sí mismo. Winnicott llega a recomendar, que se expresen ante el paciente adolescente, los sentimientos hostiles que despierta en su terapeuta, más preocupado por reintegrar a su Self los aspectos disociados, que por las consecuencias que pudiera tener esta confesión contratransferencial.

La vida de este paciente ha discurrido desde la infancia por los cauces de la más lamentable marginalidad. Ha pasado por varios colegios de educación especial, considerado como un chico con limitaciones intelectuales. Puedo decir, que pocas veces he visto trazar perfiles psicológicos tan atinados como los que este muchacho hacía de las personas que le rodeaban. La misma conclusión saco, en cuanto a su inteligencia, una colega que le pasó una batería de test, no mandados por mí, pero que me trajo el muchacho. (Yo prefiero no recurrir, y menos en un caso como este, a procedimientos instrumentales.) Sabemos que los psicópatas se muestran muy hábiles en el conocimiento de los demás, con la idea de instrumentalizarlo en su beneficio. Este era, sin duda, el caso. Desde niño había sido acostumbrado a la ley del palo y la zanahoria en las relaciones con los padres. Si haces tal cosa recibirán tal otra, si no lo haces sufrirás tal castigo. Las relaciones habían adquirido para él, un carácter de intercambio puramente operativo, parecía no existir el afecto por ningún sitio. Afortunadamente, no era así totalmente.

Dice Bion que a través de la relación con el paciente podemos averiguar con bastante precisión la personalidad de la madre, desde lo que nos hace sentir en la transferencia. Algún afecto recibió. De otra forma no se explica su capacidad para despertar ternura y

* Me relató que durante su infancia había sufrido terrores nocturnos, hasta muy tardíamente. Mostró conductas rebeldes desde muy pronto y fueron estos problemas de conducta los que marcaron las relaciones desde entonces con el mundo.

para hacerse ayudar, más allá de si vengo a las sesiones consigo tal cosa. Por otra parte, nunca se dio este caso; pero este muchacho, habría acabado en la cárcel con toda seguridad, dada la gravedad de sus actuaciones. Mi idea es que la madre algún afecto pudo transmitirle. Mientras que, en él, mi idea es que predominaban los aspectos simbióticos y narcisistas; en la madre, aunque también los había del mismo calibre, predominaban las tendencias castradoras. Llegaba a amenazarle con castrarlo físicamente, para que no pudiera haber descendencia de él. Siempre me sorprendió por otra parte que, en esta familia tan perturbada, las dos hijas, menores que él, fueran totalmente normales. Al principio del tratamiento, lo traía la madre. Era muy violenta. Hasta tal punto era violenta que, en ocasiones, me contaba el paciente que embestía a otros coches con el suyo y los perseguía, saliéndose de su ruta, cuando surgía algún problema de tráfico. No dejaba de ser sorprendente ver a un muchacho tan violento, pálido, temblando de miedo cuando llegaba a la sesión. Resulta clarificador que, durante su primera infancia, padeció una intensa fobia a la oscuridad, acompañada de pesadillas y terrores nocturnos.

Dentro de su casa vivía igualmente marginado. Permanecía aislado en una habitación donde tenía TV. Salía por las tardes y se dedicaba a hacer toda clase de desmanes, hasta la madrugada. Salía también a veces para orinar a la calle en un ritual que me hacía recordar a los perros cuando marcan su territorio, mostrando una especie de recuperación atávica de sus fantasías infantiles de dominio sobre la madre. Sus hurtos domésticos tenían también este carácter de fantasía de posesión de los genitales maternos. El creía a veces, y puede que no le faltara razón, que la madre dejaba intencionalmente bolsos con dinero a su alcance. El substraía una pequeña cantidad, y lo dejaba todo tal como lo había encontrado, con la idea de que la madre no lo descubriría. Parecía haber en eso un juego perverso, consistente, en alimentar la fantasía incestuosa de que la madre se dejaba hacer distraída, pero consciente del hecho.

En cuanto al padre era una persona fría y sin autoridad. Cuando la ejercía, lo hacía en una forma humillante y excesiva, que parecía más tener el objeto de provocar la reacción violenta que el de educar al paciente.

En la primera sesión cuenta un sueño en el que sale de un barco pirata, y al caer a tierra se le rompe la espada. Me encuentra a mí, me cuenta lo sucedido, le restituyó una espada nueva, y continúa su camino. En el sueño aparece su vivencia de castración en primer plano. Esto constituye el aspecto más evolucionado de su funcionamiento mental. Frente a la exteriorización, a través del acting out de los terrores y carencias de su vida mental, aquí se puede apreciar un cierto contacto con la angustia de castración. Más adelante fue capaz de conectarse con sentimientos depresivos y de culpa. Al principio, estos dieron lugar a tendencias autolesivas**. Se golpeaba la cabeza contra la pared. En una ocasión, acudió a la consulta, a su hora, habiéndose herido los brazos con cortes muy superficiales, pero muy extensos. De nuevo se mostraba, ahora en acto, ante mí, con su identidad castrada, con las heridas afectivas a medio camino entre el mundo interno y el externo, donde realmente las tiene desde el punto de vista emocional, en esa zona de nadie, en construcción, que es su vida mental, su identidad, y en acto, que es su estilo personal, o mejor, el estilo personal de los adolescentes, buscando una madre-piel que le

** Estas tendencias autolesivas pueden ser entendidas de la misma manera, como la representación en acto de un superyo rudimentario, no interiorizado.

ayude a contener las emociones y a construir su mundo interno. En momentos como este pedía ayuda desesperadamente.

Después de dos años y medio de tratamiento, a veces realmente tormentoso, había empezado a trabajar en la empresa de su padre, con bastante irregularidad, había cortado prácticamente las actuaciones, al menos las peligrosas, como robos con violencia, que había ejercido en la calle, y un largo etcétera, y su vida se parecía cada vez más a la de un chico normal, si bien distaba mucho de estar sano. Seguía irascible, sobre todo, en su vida familiar y vivía una marginalidad más controlada; pero marginalidad al fin. No conseguía establecer relaciones verdaderamente afectivas, sino a través de la manipulación y el abuso, con lo que no le servían para sentirse querido y valioso para nadie, con lo que sufría estados depresivos muy penosos; pero no ya tanto de tipo narcisista, o por no haber conseguido lo que fuere, sino con más componente objetal. Había dejado de consumir drogas y, aunque seguía bebiendo excesivamente, también en este sentido parecía estar más controlado. Hacía mucho tiempo que venía solo a las sesiones. Las relaciones con los padres seguían siendo tormentosas, dentro del toma y daca que he descrito anteriormente. En esta situación recibí una llamada de los padres diciendo que con motivo de lo irregularmente que asistía últimamente a las sesiones, cosa rigurosamente cierta, habían decidido interrumpir el tratamiento.

Esto sucedió inmediatamente antes de unas vacaciones de verano. A la vuelta de las vacaciones, encontré un mensaje en el contestador, donde me decía que estaba trabajando en un sitio muy a su gusto (le apasionaban los caballos y se trataba de un picadero donde sus padres tenían acciones). Quería continuar el tratamiento por su cuenta, y me pedía alguna hora para recibirle. Me dejaba el teléfono de contacto del picadero. Le llamé, me confirmó lo que había dejado en el contestador, y le di una hora. No acudió a la cita, que tuve que retrasar para algunos días después de la conversación. Volví a llamar al picadero donde me dijeron que había vuelto con sus padres. No tengo noticias sobre como ocurriría eso, ni he vuelto a tenerlas sobre el caso. La simbiosis, al menos por el momento, había ganado la batalla.

Finalmente querría referirme a un aspecto más, totalizar, que forma parte de la identidad normal. Se trata de lo que se ha dado en llamar el objeto bueno internalizado. Me he referido antes a los aspectos protectores y de autoafirmación, que debe revestir el Superyó. Tienen su origen en las experiencias de refuerzo narcisista (narcisismo de vida) y sentimientos amorosos, internalizados, que pasan, por tanto, a actuar desde dentro, dando consistencia, seguridad y estabilidad a la personalidad. Tiene las características de un objeto interno, esto es, está separado del recuerdo de dichas experiencias concretas y de las personas que las proporcionaron y nuclea un área integrante de la personalidad, forma parte de nuestro self, de nosotros mismos.

Cuando la confusión entre objetos buenos y malos predomina, por un defecto de clivaje entre las pulsiones de vida y de muerte; pero también por las experiencias malas o contradictorias, la incorporación de dicho objeto resulta imposible. Nuestro caso resulta muy demostrativo en este sentido, vomitó la primera comunión, y salió corriendo de la Iglesia. Satán, el Antiyo-yo que describe Bion pasó a nutrir su autoestima desde entonces, aunque no sé si en aquel momento ya utilizaba este nombre, supongo que fue una adquisición más tardía.

Finalmente, aunque había propuesto no hacer reflexiones de tipo sociológico, no dejaré pasar por alto que este tipo de cuadros aparecen con frecuencia, en niños criados en instituciones, en los que, tras las experiencias de privación, el afecto sólo es tenido en

cuenta para manipular y mejor obtener cualquier propósito por los muchachos. No es de cualquier manera infrecuente encontrar algún caso, no tan grave como el expuesto, en familias aparentemente normales.

El estudio de estas familias arroja normalmente motivos para entender las causas de que, en esa constelación familiar, o por razón de sexo u otras, encontremos un niño o niña deprivados, con un contacto precoz violento, angustioso o frío, que hayan creado dificultades en la integración de la identidad, tal como lo hemos descrito. Probablemente, la sociedad pragmática, conductivista y desconectada en la que vivimos dará lugar cada vez más a este tipo de personalidades frías, con búsqueda de notoriedad como expectativa prioritaria de la relación objetal.

BIBLIOGRAFIA

- (1) Aberasluri, A., y Knobel, M.: **La adolescencia normal**. Ed. Paidós.
- (2) Erikson, E. H.: **Identidad, juventud y crisis**. Ed. Taurus.
- (3) Freud, S.: "El Yo y el Ello", **Obras Completas**. Amorrortu Editores. Vol. XIX.
- (4) Grinberb, L., y Grinberg, R.: **Identidad y cambio**. Ed. Kargieman.
- (5) Bick, E.: "The experience of the skin in early object-relations". **International Journal of Psychoanalysis**. Vol. 49.
- (6) Meltzer, D.: **El proceso psicoanalítico**. Ed. Hormé.
- (7) Anzieu D.: **El yo piel**. Ed. Biblioteca Nueva.
- (8) Zetzel, E. R.: **Psicoanálisis. Su estructura conceptual**. Ed. Hormé.
- (9) Winnicott, D. W.: **El niño y el mundo externo**. Ed. Paidós.
- (10) Green, A.: **Narcisismo de vida, narcisismo de muerte**. Ed. Amorrortu.
- (11) Wisdom, J. O.: "Una aproximación metodológica al problema de la histeria". **Int. J. of Psychoanalysis**. XLII. 1961.
- (12) Racker, H.: **Estudios sobre técnica psicoanalítica**. Ed. Paidós.
- (13) Hartman, H.: **La psicología del yo y el problema de la adaptación**. Ed. Paidós.
- (14) Bleger, J., y otros: **La identidad en el adolescente**. Ed. Paidós.
- (15) Chasseget-Srnirgel. J.: **El Ideal del yo. Un estudio sobre la "enfermedad de idealidad"**. Amorrortu Editores.
- (16) Kreisler, L.; Fain, M., y Soulé, M.: **El niño y su cuerpo. Estudios sobre la clínica psicosomática de la infancia**. Amorrortu Editores.
- (17) Marty, P.: **Los movimientos individuales de vida y de muerte**. Ed. Toray.
- (18) McDougall, J.: **Teatros del cuerpo**. Ed. Julián Yébenes. S. A.
- (19) Musaf, H.: "La piel como órgano de comunicación. El efecto de halo," **Revista Noticias Médicas**. Diciembre, 1990.